

PASIFLORA Y ROMERILLO

 Érase una vez un jardinero que trabajaba en una casa hermosa con jardines inmensos a su alrededor.

Cerca había una laguna en la que nadaban a veces patos silvestres que iban de paso. También se bañaban algunos niños, amiguitos del niño de la casa.

 Una mañana, el jardinero trajo una semilla que le había regalado otro jardinero. Según aquel, la semilla era de una planta que daba unas flores muy raras, pero bonitas. La flor, además tenía propiedades medicinales. Tenía que sembrarla al pie de una cerca, pues la planta era trepadora, de esas que al crecer se van agarrando de lo que encuentren. Juan, el jardinero, escogió un rincón del jardín donde había un espacio próximo a la cerca de madera que había en una parte del patio que colindaba con el lago y con otra casa. La semilla era pequeña, como del tamaño de una semilla de naranja. Juan hizo un pequeño agujero, no muy profundo, colocó la semilla y la cubrió con la tierra haciendo un poco de presión sobre ella, como se debe hacer. Entonces le echó agua con la regadera. Alrededor de la semilla no había ninguna otra planta cercana. Ahora solo había que esperar el resultado. Mientras tanto, habría que ponerle agua todos los días, pues el sol era fuerte y las semillas necesitan agua para germinar.

 Al cabo de unos días, asomó un pequeño tallo con dos hojitas verdes. Juan exclamó: «¡Vaya, por fin!». Y comenzó a echarle agua, pero no se había percatado que cerca de la pequeña planta había crecido otra y estaba más alta. Estaba más pegada a la cerca.

 Todos los días Juan visitaba su planta para cultivarla, le removía el terreno alrededor, y le hablaba y la tocaba muy suavemente. Ya el tallo era alto y tenía más de cuatro hojas. La vecina planta que crecía pegada a la cerca observaba como Juan le prodigaba sus cuidados, en cambio para ella no hubo nunca ni un poquito de agua. Menos mal que tomaba del agua que de casualidad llegaba a ella.

 Después de una semana, cuando ya la planta alcanzó un pie, aproximadamente, comenzó a inclinarse hacia la cerca y le comenzaron a salir unos hilos finos como tentáculos. Estos se extendían horizontalmente como queriendo agarrarse de algo. Su vecina, la otra planta que crecía junto a la cerca, observaba. Y cuando al fin uno de los tentáculos alcanzó la cerca, comenzó a conversar con ella.

 —¡Hola vecina, cómo le va!

 —Oh, muy bien gracias —contestó la planta que había crecido de la semilla—, menos mal que pude recostarme porque ya no me sostenía.

 —Sí, ya me había dado cuenta. El jardinero viene a verla todos los días. Por eso he estado al tanto. ¿Qué planta eres?

 —Soy una Pasiflora —contestó la planta.

 —Una… Pasi... ¿qué? ─Preguntó Romerillo.

 —Pasiflora… soy procedente de México.

 —Nunca la he visto ─comentó Romerillo─ Así es que estaré esperando ansiosa tus flores. ¿Son bonitas?

 —Bueno ─dijo Pasiflora─, a mí me gustan. Soy color violeta con blanco y el centro de mi corola es amarillo. Soy como una corona realmente.

 —¡Qué bonita! ─exclamó Romerillo.

 —Pero lo más importante es que sirvo como remedio ─añadió Pasiflora.

 —¡Como remedio! Me interesa saberlo, porque dicen que yo sirvo para remedio también.

 —Sí, me usan para el insomnio y los nervios ─dijo Pasiflora.

 —Explícame, explícame eso que me interesa ─dijo Romerillo.

 —Claro. Cuando alguien padece de insomnio, quiere decir, que no se puede dormir cuando debe dormir, soy un bálsamo. Se coge una de mis flores y se hace un té. También ayudo a serenar los nervios.

 —¡Qué interesante!

 —Pero bueno, no me has dicho nada de ti. ¿Cómo eres tú? ─Preguntó Pasiflora.

 —¿Yo?, bueno… yo soy silvestre. Me llaman de dos formas. Algunos ignorantes me llaman «Mala hierba» y no sé por qué, pues no le hago daño a nadie, pero personas conocedoras me llaman «Romerillo». Mis flores son pequeñas, mi corola es blanca de cinco pétalos y el centro es como una felpa amarilla. Soy parecida a la Manzanilla, la diferencia es que la Manzanilla tiene muchos más pétalos que yo. Y como te dije, también sirvo para remedio.

 —A ver, dime…

 —En mi caso, no es la flor la que se usa. Sino, mis hojas. ¿Ves? Si alguien tiene dolor de garganta, y usa mis hojitas, se le alivia la garganta. Pero, como te dije, algunas personas cuando arreglan el jardín, si me ven, me arrancan de raíz y comienzo a morir lentamente, sin agua y sin sol. Me recogen en una bolsa plástica y la ponen a la basura. Allí muero lentamente. Otros, sencillamente me echan al fuego.

 —¡Ay por favor, eso es terrible! ─exclamó Pasiflora─. ¡Ojalá no se les ocurra hacerme eso a mí… ni a ti tampoco!

 —Tú lo has dicho, ¡ojalá! ─añadió Romerillo─, Pero yo estoy preocupada, porque Juan, el jardinero, viene todos los días a verte. En cualquier momento me descubre y por tal de protegerte, me arranca de cuajo. Fíjate que de lo nerviosa que estoy, ni flores he dado.

 —A mí se me ocurre algo que te va a ayudar. Mira, voy a dirigir todos estos tentáculos hacia ti y voy a pegarme a ti, de esa manera parecerá una sola planta, ¿qué tú crees?

 —Bueno, no sé, porque tú podrías ahogarme y causarme la muerte también.

 Mientras las dos plantas conversaban, del otro lado de la cerca de madera, había estado escuchando otro romerillo que crecía en la casa de al lado. Este, se introdujo en la conversación.

 —Hola, escuchen, aquí… —dijo el romerillo del otro lado—, ¿me ven?

 —Ah sí, sí te vemos —respondieron al unísono las otras dos plantas.

 —Yo voy a ayudarte Romerillo preocupado. Mi jardinera ama las plantas medicinales. Si observas, te darás cuenta que nosotras hemos ocupado una gran porción del terreno. Ella no solo nos usa para medicina, sino también prepara una bebida deliciosa. Lo que puedo hacer es ayudarte a esconder detrás de la tabla de la cerca que tienes ahí detrás de ti. Una vez que te escondas, comenzarás a crecer de mi lado y así no te van a arrancar, ¿qué te parece?

 —Ay sí —respondió Pasiflora—, debes hacer eso. Luego, cuando yo comience a trepar, nos volvemos a ver de nuevo por encima de la cerca. Yo me multiplico mucho y me adhiero a la madera muy fácilmente. Es más, con mis hojas cubriré toda la cerca y no serán capaces de verte jamás.

 —¡Qué bueno! Ya comienzo a sentirme segura. Verás cómo comienzo a florecer mañana. Oiga, Romerillo vecino, yo estoy lista, cuando quiera puede comenzar a ayudarme.

 —Muy bien, entonces comenzaré tan pronto el viento comience a batir en este lado. Necesitamos que la brisa te zarandee para yo enredarte con mis ramas.

 —Ah, bueno. Yo seré flexible. Menos mal que no he crecido mucho aún.

 —No, eso es lo mejor. Si hubieras crecido, habría sido imposible.

 Las tres plantas estaban a la expectativa del aire. Mientras tanto, continuaban su conversación. De repente, comenzó un viento tipo remolino.

 —Ay, yo creo que ahora sí ─dijo el Romerillo preocupado─. Me parece que me voy a incrustar en la cerca.

 —Allá voy amiga, ya estoy esperándote con mis ramas abiertas ─respondió el otro Romerillo del otro lado.

 —¡Ay sí, ya estoy de tu lado. Hola, mucho gusto. ¡Cuánto te agradezco! ─Exclamó Romerillo, entre las ramas del otro.

 —El gusto es mío. Ahora no tendrás que preocuparte. El único problema que tenemos aquí es que...

 —¿Qué?, ¿hay un problema? ─Preguntó sorprendida Romerillo.

 —Sí, pero, no es un problema mortal. Es solo que hay un perrito que le encanta correr en el jardín y de vez en cuando hace pipí en esta área.

 —¡Ay, qué barbaridad! Eso es horroroso. Pero, bueno es cierto que por lo menos no me arrancan. Estaré pendiente de la regadera del jardinero de Pasiflora, así tomaré un baño si ese perro se hace pipí encima de mis hojas.

 Los días pasaron y las tres plantas amigas continuaban creciendo y conversando. Un día pasiflora dio su primera flor. Era hermosa, color morado claro y el centro blanco y amarillo. Ya su altura había alcanzado la parte superior de la cerca y además se había extendido a ambos lados. Romerillo estaba feliz. Se había arqueado de tal manera que nadie podía pensar que estaba sembrada del mismo lado de Pasiflora. Estaba llena de flores blancas y se había enredado con el otro romerillo. Parecían una sola planta. Pasiflora crecía y crecía, y comenzó a tener muchas flores. Pero debido a las flores, comenzaron a rondar unas mariposas grandes llamadas Monarcas. Eso representó un pequeño problema. Cuando las mariposas comenzaron a reproducirse comenzaron a haber gusanos por todas partes y los romerillos comenzaron a tener miedo.

 —No se asusten amigas, esos gusanos solo comen mis hojas, y no por mucho tiempo. En pocos días se convertirán en orugas, que ni se mueven, y después, salen esas lindas mariposas. A ustedes nada les va a suceder.

 —Menos mal que nos explicaste todo eso. Yo estaba ya con estrés pensando en que esos gusanos amarillos llenos de pelos iban a comenzar a comerme. Son horrorosos. Yo no sé cómo tú puedes estar tan tranquila con esos monstruos encima de ti.

 —No puedo evitarlo. Mis flores son las culpables. Las mariposas aman mi néctar. Pero, y ¿qué me dices de las abejas que se posan encima de tus flores?

—Ah, ellas no me hacen daño, ni me comen las hojas, ni nada de eso, ni traen gusanos, ni orugas... no, no, no, ellas son tranquilas. Solo me hacen cosquillas con sus paticas. Más miedo le tengo a mi jardinera, que de vez en cuando viene recogiendo hojas y me deja con dos o tres nada más… para hacer el vinito, pues.

 —Bueno, menos mal. A mí, solo me arrancan las flores, con ellas hacen el té que te mencioné. A propósito, deberías de probar mis flores, a lo mejor te ayuda con los nervios que tienes por el perro… ja, ja, ja, ja.

 —Ay sí, y ¿cómo hacemos el té? Ja, ja, ja, ja.

 Pasiflora y Romerillo fueron amigas inseparables. Ya las ramas de una se confundían con las de la otra. Habían rebasado la preocupación. Estaban grandes y hermosas. Ambas llenas de flores. Para muchos, Romerillo seguía siendo una mala hierba, pero ellas sabían que de malas no tenían ni un pelo, bueno, ni una hoja, y seguían usando sus hojas para la garganta y el vinito de la vecina.

 Y colorín colorado este cuento se ha acabado y el tuyo no está empezado.

\*

Solo uno de los cuentos como cortesía del autor.